

Alberto Ghiraldó

## El pensamiento argentino

### IDEARIO DE MARIANO MORENO



Es curioso observar el proceso de la idea liberal dentro del pensamiento argentino. El espíritu de la revolución de mayo, condensado por Mariano Moreno en el orden político y en el económico, se extiende, transmitiéndose en el tiempo, encarnado en los pensadores que le suceden, y cuya influencia llega directamente hasta el instante mismo en que la República se organiza, pasado el período de la tiranía, mal del que no ha podido evadirse ninguno de nuestros pueblos, como si una herencia fatal e ineludible pesara sobre sus destinos.

Como alguien lo ha hecho constar, Moreno es, pues, nuestro primer publicista en el orden genealógico, que crea a la vez su tribuna y su doctrina; Monteagudo es el continuador del publicista de Mayo, que irradia sus principios por todo el continente americano, iluminando con sus reflejos las coronas libertadoras de San Martín y de Bolívar, a los que acompaña en la gran cruzada emancipadora; Rivadavia es el publicista gobernando, que hace prácticos y buenos sus principios desde su sitial de estadista, legando a su posteridad un credo y un programa republicano representativo; Echeverría es el anticipador de un dogma social que hoy se esparce en el mundo con el poder irresistible de las bases fundamentales en que la socie-

dad debe asentarse para pervivir dignamente; Alberdi es el primer positivista americano, que funda sobre cimientos sólidos, que aun perduran, el armazón constitucional del país; Sarmiento es el continuador de Rivadavia en la rama educadora, maestro por antonomasia, a quien debe la República la mayor obra de cultura práctica y eficiente; Mitre es el continuador y el guerrero, pensador y guerrero, a quien toca desempeñar el papel formidable de reconstructor nacional después del caos abierto por la tiranía; y Estrada cierra con broche magnífico el ciclo comenzado por los hombres de Mayo; educador también que a pesar de su dogmatismo religioso inculca en sus discípulos ideas de libertad dignas de un redentor.

A través de estos hombres, jalones admirables de nuestra historia, vamos a seguir la concatenación de la idea liberal inspiradora de los héroes de la revolución de Mayo, idea que continúa su proceso lógico dentro del pensamiento argentino, como una línea recta interrumpida a veces por reacciones que lo han hecho retrogradar deteniéndolo, sofocándolo temporalmente, pero sin que deje de fulgurar, en el tiempo, como el faro cuyos rayos deben respetar las colectividades sobre las que han ejercitado influencias y que aquellas deben aprovechar, ensanchando sin limitación sus luces.

## EL PUBLICISTA DE MAYO

Surge el pensador en el alba de Mayo y dice: «La política es la medicina de los Estados, y nunca manifiesta el magistrado más destreza, en el manejo de sus funciones, que cuando corta la maligna influencia de un mal que no puede evitar, corrigiendo su influjo por una dirección inteligente que produce la energía y fomento del cuerpo político».

Como economista tiene la mirada genial que extiende sobre el panorama de la nación. Aparece el revelador defendiendo el libre cambio como una necesidad impuesta al desarrollo de

las fuerzas que han de impulsar las riquezas básicas del país. Entonces piensa que «hay verdades tan evidentes que se injuria a la razón con pretender demostrarlas».

Y ya, seguro de su verdad, agrega: «Tal es la proposición de que conviene al país la importación franca de efectos que no produce ni tiene, y la exportación de los frutos que abundan hasta perderse por falta de salida. En vano el interés individual, opuesto muchas veces al bien común, clamará contra un sistema del que teme perjuicios; en vano disfrazará los motivos de su oposición, prestándose nombres contrarios a las intenciones que lo animan: la fuerza del convencimiento brillará contra todos los sofismas, y consultados los hombres que han reglado, por la superioridad de sus luces, el fruto de largas experiencias, responderán contestes que nada es más conveniente a la felicidad de un país que facilitar la introducción de los efectos que no tiene y la exportación de los artefactos y frutos que produce. Los que consideran la abundancia de efectos extranjeros como un mal para el país, ignoran seguramente los primeros principios de la economía de los Estados. Nada es más ventajoso para una provincia que la suma abundancia de los efectos que ella no produce, pues envilecidos entonces bajan de precio, resultando una baratura útil al consumidor y que solamente puede perjudicar a los introductores.

«Las ciencias tienen todas ciertos principios que siendo fruto de una dilatada serie de experiencias y conocimientos, se reconocen superiores a toda discusión y sirven de regla para derivar otras verdades por una aplicación oportuna; tal es en la economía política la gran máxima de que un país productivo no será rico mientras no se fomente, por todos los caminos posibles, la extracción de sus producciones, y que esta riqueza nunca será sólida mientras no se forme de los sobrantes que resulten por la baratura nacida de la abundante importación de las mercancías que no tiene y le son necesarias.

«Si la riqueza de las provincias estuviere cifrada a los con-

tingentes cálculos de un giro complicado, sería preciso una detenida reserva para no trastornar la gran cadena por la dislocación de alguno de sus muelles, pero los caminos de nuestra felicidad están cifrados por la misma naturaleza: ésta nos ha destinado al cultivo de sus fértiles campiñas y nos ha negado toda riqueza que no se adquiriera por este preciso canal. Es muy sencilla la ruta que conduce a él; la razón y el célebre Adam Smith, que según el sabio español Jovellanos es sin disputar, el apóstol de la economía política, hacen ver que los gobiernos, en las provincias dirigidas al bien general, deben limitarse a remover los obstáculos: éste es el eje principal sobre el cual el señor Jovellanos fundó el luminoso edificio de su discurso económico sobre la ley agraria; y los principios de estos grandes hombres nunca serán desmentidos; rómpanse las cadenas de nuestro giro, y póngase franca la carrera; entonces el interés, que sabe más que el cielo, producirá una circulación que haga florecer la agricultura, de la que únicamente debe esperarse nuestra prosperidad».

\* \* \*

Moreno es el pensador de Mayo. Economista y sociólogo tiende su vista sobre el panorama nacional y surge en él, en toda su magnitud, el problema del productor frente al mercader.

Convencido de la importancia fundamental del primero, especialmente en un país de extensión casi ilimitada como lo es la Argentina, con la videncia de un estadista, precursor de los razonadores de este instante, se expresa así: «Gime la humanidad con la esclavitud de unos hombres que la naturaleza creó iguales a sus propios amos; fulmina sus rayos la filosofía contra un establecimiento que da por tierra con los derechos más sagrados; la religión se estremece y otorga forzada su tolerancia sobre un comercio que nunca pudo arrancar su aprobación; sin embargo, reyes religiosos, ministros humanos y filó-

sofos encargan la multiplicación de nuestros esclavos, por el único fin de fomentar una agricultura que se halla tan decaída. Se necesita causa muy justa para que príncipes piadosos la promuevan por medios tan violentos; y si es justo fomentar la agricultura por todos los arbitrios posibles y aun a costa de sacrificios, según se explican las anteriores órdenes, es justo facilitar el expendio de los frutos, que únicamente puede producir aquel fomento sin detenerse en adoptar los nuevos caminos, que hace indispensables la absoluta imposibilidad de los antiguos.

«Si las riquezas no usurpasen lastimosamente el rango debido a la virtud, no se atreverían los comerciantes a contradecir un plan a que deberá su restauración la agricultura. Todo nuevo sistema causa privaciones a los que habían reglado por el antiguo sus cálculos y empresas; en la necesidad de arrostrar sacrificios, la importancia de los gremios, su dignidad, su influencia en la comunidad, son títulos de rigurosa justicia que deciden la preferencia; ¿Y cómo podrán los mercaderes disputar a los labradores el eminente lugar que ocupan en la sociedad? Puesto el Gobierno en la necesidad de una operación que debe perjudicar a uno de estos dos gremios, ¿deberá aplicarse el sacrificio al miserable labrador que ha de hacer producir a la tierra nuestra subsistencia, o al comerciante poderoso que el Gobierno y ciudadanos miran como una sanguijuela del Estado?

«La España acaba de adoptar un papel público en que se trata de formar el juicio del pueblo por reglas derivadas de la naturaleza; su título es política popular acomodada a las circunstancias del día y se encuentra en él la siguiente máxima: «¿Por qué se inclina usted en favor del labrador? Porque recibiendo de la tierra el sustento y lo que tiene, la estima en mucho más; porque ocupado noche y día en servir a la tierra y no a los hombres, es menos flexible, por lo común, porque acostumbrado a que la tierra le rinda en proporción a la constancia y orden con que la cultiva, se hace por precisión justo y

severo y aborrece la arbitrariedad y el desorden. No así los comerciantes: estudiando sin cesar los medios de hacerse con dinero y teniendo siempre a la vista sus intereses particulares, se habitúan a sufrirlo todo, y a presenciar tranquilamente la opresión y tiranía del mundo entero, como sus intereses se aumenten o no padezcan». La parte más útil de la sociedad, la más noble, la más distinguida, aboga por una causa de que penden la firmeza del Gobierno y el bien de la tierra: este noble objeto está íntimamente ligado a la prosperidad nacional y no puede ser funesto sino para cuatro mercaderes que ven desaparecer la ganancia que esperaban de clandestinas negociaciones».

\* \* \*

Y ahora escuchad al financista en un solo párrafo digno de meditarse y tenerse en cuenta por los seudosociólogos, cuyas ideas priman entre los dirigentes actuales: «La plata no es riqueza, pues es compatible con los males y apuros de una extremada miseria: ella no es más que un signo de convención con que se representan todas las especies comerciadas, y sujeta a todas las vicisitudes del giro; sube o baja de precio en el mercado según su escasez o abundancia, siempre que por otra parte no crezcan o disminuyan las demás especies que son representadas por ella».

\* \* \*

Y como todo lo ve, y como todo lo intuye—Moreno es el político de Mayo que actuando en presente se adelanta al porvenir con mirada de águila—abate prejuicios, quiebra doctrinas falsas, rompe moldes petrificados y enseña a mirar de frente todos los problemas dignos de la preocupación de un pueblo que nace. Oidle:

—«Nada se presenta más magnífico a la consideración del hombre filósofo que el espectáculo de un pueblo que elige, sin tumultos, personas que merecen su confianza y a quienes encarga el cuidado de su gobierno.

—«Si el hombre no hubiera sido constantemente combatido por las preocupaciones y los errores, y si un millón de causas que se han sucedido sin cesar, no hubiesen grabado en él una multitud de conocimientos y de absurdos, no veríamos, en lugar de aquella celeste y majestuosa simplicidad que el autor de la naturaleza le imprimió, el deforme contraste de la pasión que cree que razona cuando el entendimiento está en delirio.

—«¡Qué de monstruosos errores no han adoptado las naciones como axiomas infalibles, cuando se han dejado arrastrar del torrente de una preocupación sin examen, y de una costumbre siempre ciega, partidaria de las más erróneas máximas, si ha tenido por garantes la sanción de los tiempos y el abrigo de la opinión común!

—«¡Levante el dedo el pueblo que no tenga que llorar hasta ahora un cúmulo de errores adoptados y preocupaciones ciegas, que viven con el resto de sus individuos; y que, exentas de la decrepitud de aquéllos, no se satisfacen con acompañar al hombre hasta el sepulcro, sino que retroceden también hasta las generaciones nacientes para causar en ellas igual cúmulo de males!

—«Seamos, una vez, menos partidarios de nuestras envejecidas opiniones; tengamos menos amor propio; dése acceso a la verdad y a la introducción de las luces de la ilustración; no se reprima la inocente libertad de pensar en asuntos del interés universal; no creamos que con ella se atacará jamás impunemente el mérito y la virtud, porque hablando por él mismo en su favor y teniendo siempre por árbitro imparcial al pueblo, se reducirán a polvo los escritos de los que indignamente osasen atacarles. La verdad, como la virtud, tienen en sí mismas su más incontestable apología; a fuerza de discutir las y ventilarlas

aparecen en todo su esplendor y brillo; si se oponen restricciones al discurso, vegetará el espíritu como la materia; el error, la mentira, la preocupación, el fanatismo y el embrutecimiento, harán la divisa de los pueblos y causarán para siempre su abatimiento, su ruina y su miseria.

—Nada recomienda tanto la dignidad de un Gobierno como la firmeza con que ataca abusos envejecidos, que la impunidad de muchos años había sancionado.

—El más seguro recurso de los tiranos es la división de los pueblos, pues equilibrada entonces su fuerza quedan al fin despedazados y sujetos.

—Los pueblos compran a precio muy subido la gloria de las armas; y la sangre de los ciudadanos no es el único sacrificio que acompaña los triunfos; asustadas las Musas con el horror de los combates, huyen a regiones más tranquilas, e insensibles los hombres a todo lo que no sea desolación y estrépito, descuidan aquellos establecimientos que en tiempos felices se fundaron para el cultivo de las ciencias y de las artes. Si el magistrado no empeña su poder y su celo en precaver el funesto término a que progresivamente conduce tal peligroso estado, a la dulzura de las costumbres sucede la ferocidad de un pueblo bárbaro y la rusticidad de los hijos deshonra la memoria de las grandes acciones de sus padres.

—Nada se presenta más lisonjero a un gobierno, empeñado sinceramente en la felicidad de los pueblos, que ver a los agitados en las cuestiones y ocurrencias que tocan directamente a la comunidad. El déspota que teme el descubrimiento de su conducta, procura sofocar en los hombres hasta el deseo de examinarla; y prefiere sepultarse en los abismos de que su propia ignorancia lo rodea, antes que permitir aquellas francas discusiones que producen los recursos consiguientes a una general ilustración. Por fortuna, la confianza recíproca de los que gobiernan y de los que son gobernados, forma la base más firme del nuevo gobierno; y prestando éste oído constantemente al

eco de la voluntad general, la encuentra siempre uniforme en aquellas medidas que removerán al fin todos los embarazos que parecen haberse conjurado para sofocar en su cuna nuestra naciente felicidad.

\* \* \*

Moreno es el verbo de la libertad en el Plata. Su voz altiva suena valiente, indomable y estrepitosa en su defensa. Nadie como él, en su época, tuvo acentos más sonoros, arrebatos más contagiosos.

Para sostener sus tesis libertarias toma ejemplos de la Historia, estudia la lucha de los pueblos antiguos, compara su vida con la de los actuales y, apelando a hechos extraños pero oportunos, dice:

—Un filósofo moderno, cuyos talentos formarán siempre el asombro de la posteridad, lamentaba el abuso de las luces con que los europeos habían logrado la esclavitud de las otras partes del mundo, y, exaltada su fecunda imaginación por los males que veía venir sobre los hotentotes, a la sombra del comercio con que los holandeses iban a provocarlos, exclamó ante los hombres de letras que leen con entusiasmo sus obras: «Huid, desdichados hotentotes, huid; sepultaos en vuestros bosques. Las bestias feroces que los habitan son menos terribles que los monstruos cuyo imperio os amenaza. El tigre podrá quizá despedazaros, pero no os quitará sino la vida; aquéllos os arrebatrán la libertad y la inocencia. O, si conserváis valor, tomad vuestros arcos, y haced caer sobre los extranjeros que se os acercan una lluvia de flechas emponzoñadas. ¡Que no quede de ellos sino uno solo para llevar el escarmiento de sus conciudadanos en la nueva de su desastre! Pero, ¡ah! Vosotros sois demasiado confiados, y no os empeñáis en conocerlos. Ellos tienen la dulzura pintada sobre su semblante: su conversación descubre una afabilidad que os impone; ¡y cómo os escaparíais de este engaño, cuando es un lazo en que caen ellos mismos? La

verdad parece habitar sobre sus labios; al acercarse a vosotros inclinarán la cabeza, pondrán una mano sobre el pecho, y, elevando la otra hacia los cielos, os la ofrecerán con amistad; su gesto será el de la beneficencia, sus miradas las de la humanidad, pero la crueldad y la traición habitan en sus corazones perpetuamente. Ellos dispersarán vuestras cabañas, se apoderarán de vuestros ganados, corromperán vuestras mujeres, seducirán a vuestras hijas. Si no os prestais ciegamente a sus locas opiniones, os sacrificarán sin piedad, porque creen que no merece vivir el que no piensa como ellos. Apresuraos, pues, emboscaos, y atravesadles el pecho cuando se inclinen de un modo pérfido y suplicante. No os canséis con reclamaciones de justicia de que se burlan; vuestras flechas serán las únicas que harán respetar vuestros derechos. Ahora es tiempo; Riebeck se aproxima; no será éste quizá tan malo como los que yo pinto, pero su fingida moderación no será imitada por los demás que le sucedan. Y vosotros, crueles europeos, no os irritéis con mi arenga; ni el hotentote, ni el habitante de los remotos continentes, que os faltan por devastar, la escucharán. Si mi discurso os ofende, es porque no sois más humanos que vuestros predecesores, y porque veis en el odio que os profeso, el que merecís de los demás hombres».

\* \* \*

Cuando Nariño, en el Norte, era encarcelado por el delito de traducir el *Contrato Social*, Moreno en el Sur, realizando obra análoga, hacía llegar a su pueblo el hálito emancipador de las doctrinas incubadoras de la Revolución Francesa.

He aquí la forma sugestiva con que inicia tan eficaz propaganda:

—Entre varias obras que deben formar este precioso presente, que ofrezco a mis conciudadanos he dado el primer lugar al *Contrato Social*, escrito por el ciudadano de Ginebra, Juan

Jacobo Rousseau. Este hombre inmortal, que formó la admiración de su siglo, y será el asombro de todas las edades, fué quizá el primero que, disipando completamente las tinieblas con que el despotismo envolvía sus usurpaciones, puso en clara luz los derechos de los pueblos, y, enseñándoles el verdadero origen de sus obligaciones, demostró las que correlativamente contraían los depositarios del Gobierno. Los tiranos habían procurado prevenir diestramente este golpe, atribuyendo un origen divino a su autoridad; pero la impetuosa elocuencia de Rousseau, la profundidad de sus discursos, la naturalidad de sus demostraciones, disiparon aquellos prestigios; y los pueblos aprendieron a buscar en el pacto social la raíz y único origen de la obediencia, no reconociendo a sus jefes como emisarios de la divinidad, mientras no mostrasen las patentes del cielo en que se les destinaba para imperar entre sus semejantes; pero estas patentes no se han manifestado hasta ahora, ni es posible combinarlas con los medios que frecuentemente conducen al trono y a los gobiernos. Es fácil calcular las proscipciones que fulminarían los tiranos contra una obra capaz por sí sola de producir la ilustración de todos los pueblos; pero si sus esfuerzos lograsen sustraerla a la vista de la muchedumbre, los hombres de letras formaron de ella el primer libro de sus estudios; el triunfo de los talentos del autor no fué menos glorioso por ser oculto y en secreto. Desde que apareció este precioso monumento del ingenio, se corrigieron las ideas sobre los principios de los Estados, y se generalizó un nuevo lenguaje entre los sabios, que, aunque expresado con misteriosa reserva, causaba zozobra al despotismo y anunciaba su ruina. El estudio de esta obra debe producir ventajosos resultados en toda clase de lectores; en ella se descubre *la más viva y fecunda imaginación*; un espíritu flexible para tomar todas formas, intrépido en todas sus ideas; un corazón endurecido en la libertad republicana y excesivamente sensible; una memoria enriquecida de cuanto ofrece de más reflexivo y extendido la lectura de los filósofos griegos

y latinos; en fin, una fuerza de pensamientos, una viveza de coloridos, una profundidad de moral, una riqueza de expresiones, una abundancia, una rapidez de estilo y, sobre todo, una misantropía que se puede mirar en el autor como el muelle principal que hace jugar sus sentimientos e ideas. Los que deseen ilustrarse encontrarán modelos para encender su imaginación y rectificar su juicio; los que quieran contraerse al arreglo de nuestra sociedad, hallarán analizados con sencillez sus verdaderos principios, el ciudadano conocerá lo que debe al magistrado, quien aprenderá igualmente lo que puede exigirse de él; todas las clases, todas las edades, todas las condiciones participarán del gran beneficio que trajo a la tierra este libro inmortal, que ha debido producir a su autor el justo título de legislador de las naciones. Los que lo consulten y estudien no serán despojados fácilmente de sus derechos: y el aprecio que nosotros le tributemos será la mejor medida para conocer si nos hallamos en estado de recibir la libertad que tanto nos lisonjea.

\* \* \*

Hombre de América, hombre *nuevo* de América, revolucionario en el más alto concepto de la palabra, pero hombre de ley también, Moreno cree en la eficacia de las doctrinas sociales puestas en juego por intermedio de legislaciones adecuadas al ambiente en que actúa.

Entonces, sin olvidarse de los deberes del pueblo, su propaganda se dirige a los hombres destinados a preparar al nuevo decálogo social y dice:

—La América presenta un terreno limpio y bien preparado, donde producirá frutos prodigiosos la sana doctrina que siembren diestramente sus legisladores; y no ofreció Esparta una disposición tan favorable, mientras ausente Licurgo buscaba en las austeras leyes de Creta y en las sabias instituciones de Egipto los principios de la legislación sublime, que debía

formar la felicidad de su patria. Animo, pues, respetables individuos de nuestro Congreso; dedicad vuestras meditaciones al conocimiento de nuestras necesidades; medid por ellas la importancia de nuestras relaciones, comparad los vicios de nuestras instituciones con la sabiduría de aquellos reglamentos que forman la gloria y esplendor de los antiguos pueblos de la Grecia; que ninguna dificultad sea capaz de contener la marcha majestuosa del honroso empeño que se os ha encomendado; recordad la máxima memorable de Foción, que enseñaba a los Atenienses pidiesen milagros a los dioses, con lo que se pondrían en estado de obrarlos ellos mismos; animaos del mismo entusiasmo que guiaba los pasos de Licurgo cuando la sacerdotisa de Delfos le predijo que su República sería la mejor del universo; y trabajad con el consuelo de que las bendiciones sinceras de mil generaciones honrarán vuestra memoria mientras mil pueblos esclavos maldicen en secreto la existencia de los tiranos ante quienes doblan las rodillas.

—Es justo que los pueblos esperen todo bueno de sus dignos representantes: pero también es conveniente que aprendan por sí mismos lo que es debido a sus intereses y derechos. Felizmente se observa en nuestras gentes, que, sacudido el antiguo adormecimiento, manifiestan un espíritu noble, dispuesto para grandes cosas y capaz de cualesquier sacrificio que conduzca a la consolidación del bien general. Todos discurren ya sobre la felicidad pública, todos experimentan cierto presentimiento de que van a alcanzarla prontamente; todos conjuran allanar con su sangre los embarazos que se opongan a su consecución; pero quizá no todos conocen en qué consiste esta felicidad general a que consagran sus votos y sacrificios; y desviados por preocupaciones funestas de los verdaderos principios a que está vinculada la prosperidad de los Estados, corren el riesgo de muchos pueblos a quienes una cadena de la más pesada esclavitud sorprendió en medio del placer con que celebran el triunfo de su naciente libertad.

—El pueblo no debe contentarse con que sus jefes obren bien; él debe aspirar a que nunca puedan obrar mal; que sus pasiones tengan un dique más firme que el de su propia virtud; y que delincado el camino de sus operaciones por reglas que no esté en sus manos trastornar, se derive la bondad del gobierno, no de las personas que lo ejercen, sino de una constitución firme, que obligue a los sucesores a ser igualmente buenos que los primeros, sin que en ningún caso deje a éstos la libertad de hacerse malos impunemente.

Sila, Mario, Octavio, Antonio, tuvieron grandes talentos y muchas virtudes; sin embargo, sus pretensiones y querellas despedazaron la patria, que había recibido de ellos importantes servicios sino se hubieran relajado en su tiempo las leyes y costumbres que formaron a Camilo y a Régulo.

—Temblemos con la memoria de aquellos pueblos que por el mal uso de su naciente libertad, no merecieron conservarla muchos instantes; y sin equivocar las ocasiones de la nuestra con los medios legítimos de sostenerla, no busquemos la felicidad general, sino por aquellos caminos que la naturaleza misma ha prefijado y cuyo desvío ha causado siempre los males y ruinas de las naciones que los desconocieron.

—Seremos respetables a las naciones extranjeras no por riquezas que excitarían su codicia, no por la opulencia del territorio, que provocaría su ambición; no por el número de tropas, que en muchos años no podrá igualar a las de Europa, lo seremos solamente cuando renazcan entre nosotros las virtudes de un pueblo sobrio y laborioso, cuando el amor a la patria sea una virtud común, y eleve nuestras almas a ese grado de energía que atropella las dificultades y desprecia los peligros.

La prosperidad de Esparta enseña al mundo que un pequeño Estado puede ser formidable por sus virtudes.

\* \* \*

Ahora escuchad como emana el problema tan debatido del indio, la situación verdadera del aborigen frente a los falsos privilegios que la conquista decía otorgarle:

—Un espíritu afectado de protección y piedad hacia los indios, explicado por reglamentos, que sólo sirven para descubrir las vejaciones que padecían, no menos que la hipocresía e impotencia de los remedios que han dejado continuar los mismos males, a cuya reforma se dirigían; que los indios no sean compelidos a servicios personales, que no sean castigados al capricho de sus encomenderos, que no sean cargados sobre sus espaldas: a este tenor son las solemnes declaratorias que de cédulas particulares pasaron a códigos de leyes, porque se reunieron en cuatro volúmenes; y he aquí los decantados privilegios de los indios, que con declararles hombres, habrían gozado más extensamente, y cuyo despojo no pudo ser reparado sino por actos que necesitaron vestir los soberanos respecto de la ley, para atacar de palabra la esclavitud, que dejaban subsistente en realidad. Guárdese esta colección de preceptos para monumento de nuestra degradación, pero guardémonos de llamarlo en adelante nuestro código; y no caigamos en el error de creer que esos cuatro tomos contienen una Constitución; sus reglas han sido tan buenas para conducir a los agentes de la Metrópoli en la economía lucrativa de las factorías de América, como inútiles para regir un Estado que, como parte integrante de la Monarquía, tiene respecto de sí mismo, iguales derechos que los primeros pueblos de España.

\* \* \*

Para finalizar este ideario magnífico leed a continuación los pensamientos de Moreno, en que este hombre admirable, encerró lo más puro y rebelde de su espíritu extraordinario:

—No nos haría felices la sabiduría de nuestras leyes, si una administración corrompida las expusiese a ser violadas impunemente.

—Las leyes de Roma que observadas fielmente hicieron temblar al mundo, fueron después holladas por hombres ambiciosos, que, corrompiendo la administración anterior, debilitaron el Estado y al fin dieron en tierra con el opulento imperio que las virtudes de sus mayores habían formado.

—Muchos siglos de males y desgracias son el terrible resultado de una Constitución errada; y raras veces quedan impunes la inercia o ambición de los que forjaron el infortunio de los pueblos.

—No es tan difícil establecer una ley buena, como asegurar su observancia; las manos de los hombres, todo lo corrompen; y el mismo crédito de un buen gobierno ha puesto muchas veces el primer escalón a la tiranía que lo ha destruído.

—Que el ciudadano obedezca respetuosamente a los magistrados; que el magistrado obedezca ciegamente a las leyes; este es el último punto de perfección de una legislación sabia; esta es la suma de todos los reglamentos consagrados a mantener la pureza de la administración; esta es la gran verdad que descubrió Minos en sus meditaciones, y que encontró como único remedio para reformar los licenciosos desórdenes que agobiaban a Creta.

—Equilíbrense los poderes y se mantendrá la pureza de la administración.

—Un pueblo, es pueblo antes de darse a un rey.

—La verdadera soberanía de un pueblo nunca ha consistido sino en la voluntad general del mismo.

—Siendo la soberanía indivisible e inalienable, nunca ha podido ser propiedad de un hombre solo.

—Mientras los gobernados no revistan el carácter de un grupo de esclavos, o de un rebaño de carneros, los gobernantes

no pueden revestir otro que el de ejecutores y ministros de las leyes que la voluntad general ha establecido.

—Aun los que confunden la soberanía con la persona del monarca deben convencerse que la reunión de los pueblos no puede tener el pequeño objeto de nombrar gobernantes, sin el establecimiento de una Constitución por donde se rijan.

—Jamás hubo una sola preocupación popular que no costase muchos mártires para desvanecerla, y el fruto más frecuente de los que se proponen desengañar a los pueblos, es la gratitud y ternura de los hijos de aquellos que los sacrificaron.

—Los ciudadanos de Atenas decretaron estatuas a Floción, después de haberlo asesinado; hoy se nombra con veneración a Galileo en los lugares que lo vieron encadenar tranquilamente, y nosotros mismos habríamos hecho guardia a los presos del Perú, cuyos injustos padecimientos llorarían nuestros hijos, si una feliz revolución no hubiese disuelto los eslabones de la gran cadena que el déspota concentraba en su persona.

—Entre cuántas preocupaciones han afligido y deshonrado a la humanidad, son sin duda alguna las más terribles, las que la adulación y vil lisonja han hecho nacer en orden a las personas de los reyes.

—La fuerza no induce derecho, ni puede nacer de ella una legítima obligación que nos impida resistirla; apenas podemos hacerlo impunemente, pues, como dice Juan Jacobo Rousseau, «una vez que recufera el pueblo su libertad, por el mismo derecho que hubo para despojarlo de ella, o tiene razón para recobrarla o no la había para quitársela».

—La verdad es el signo más característico del hombre de bien; la resignación, el honor y la grandeza de ánimo son las árdidas empresas, son las señales más evidentes de un corazón virtuoso, verdadero amante de la libertad de su patria.

—La moderación fuera de tiempo no es cordura ni es verdad; al contrario, es una debilidad cuando se adopta un sistema que sus circunstancias no lo requieren.

—El acaso y la fatalidad son la disculpa de la indiscreción y la flaqueza. El hombre animoso hace salir a luz los acasos para utilizarlos y sus enemigos son los que se rinden al yugo de la fatalidad. El que tiene gran corazón, espíritu y alma elevada, manda a la fortuna, o más bien la fortuna no es sino la reunión de estas cualidades poderosas, pero como su brillo amedranta al vulgo y excita la envidia, será feliz quien pueda hermanarlas con la moderación que las hace excusables.

—La libertad de los pueblos no consiste en palabras, ni debe existir en los papeles solamente. Cualquier déspota puede obligar a sus esclavos a que canten himnos a la libertad; y este cántico maquinal es muy compatible con las cadenas y opresión de los que lo entonan. Si deseamos que los pueblos sean libres, observemos religiosamente el sagrado dogma de la igualdad. ¿Si me considero igual a mis conciudadanos, por qué me he de presentar de un modo que les enseñe que son menos que yo? Mi superioridad sólo existe en el acto de ejercer la magistratura que se me ha confiado; en las demás funciones de la sociedad soy un ciudadano, sin derecho a otras consideraciones que las que merezca por mis virtudes.

—Por desgracia de la sociedad existen en todas partes hombres venales y bajos, que no teniendo otros recursos para su fortuna que los de la vil adulación, tientan de mil modos a los que mandan, lisonjean todas sus pasiones y tratan de comprar su favor a costa de los derechos y prerrogativas de los demás. Los hombres de bien no siempre están dispuestos ni en ocasión de sostener una batalla en cada tentativa de los bribones; y así se enfría gradualmente el espíritu público, y se pierde el horror a la tiranía.

—Permítasenos el justo desahogo de decir a la faz del mundo que nuestros conciudadanos han depositado provisoriamente su autoridad en nueve hombres, a quienes jamás trastornará la lisonja, y que juran por lo más sagrado que se venera sobre la tierra, no haber dado entrada en sus corazones a

un solo pensamiento de ambición o tiranía; pero ya hemos dicho otra vez que el pueblo no debe contentarse con que seamos justos, sino que debe tratar de que lo seamos forzosamente. Mañana se celebra el Congreso y se acaba nuestra representación; es pues, un deber nuestro disipar de tal modo las preocupaciones favorables a la tiranía, que si por desgracia nos sucedieren hombres de sentimientos menos puros que los nuestros, no encuentren en las costumbres de los pueblos el menor apoyo para burlarse de sus derechos.

—Habiendo echado un brindis D. Anastasio Duarte, con que ofendió la probidad del Presidente y atacó los derechos de la patria, debía perecer en un cadalso; por el estado de embriaguez en que se hallaba, se le perdona la vida; pero se le destierra perpetuamente de esta ciudad, porque un habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido, debe tener impresiones contra la libertad de su país.